

24.8.2015

Una de las sorpresas más gratas que recibí, tras ser elegida como miembro de la Real Academia Española, el 23 de mayo de 2013, fue sin duda la del Ilmo. Sr. Alcalde de Molina de Aragón, Jesús Herranz, que, en nombre de la Corporación y como representante de todos los molineses, me comunicaba que la Biblioteca Pública pasaría a llamarse en adelante Biblioteca Municipal «Aurora Egido».

Tuve la fortuna de que fueran mis padres Felisa Martínez y Aurelio Egido. A ellos se lo debo todo y a su recuerdo imborrable quiero dedicar esta distinción que ahora recibo en la ciudad de Molina de Aragón, donde nació.

Decía Cervantes en la segunda parte del *Quijote* que «la discreción es la gramática del buen lenguaje que se acompaña con el uso». Y en esa transmisión oral de padres a hijos, que se enriquece día a día a través del diálogo con los otros, está el sustrato lingüístico del que nos alimentamos como personas.

La sabiduría no se encierra solo en los libros, sino en la palabra hablada, que transmite los refranes, los dichos, los apodos, las canciones, los romances, las agudezas los conceptos, los sentimientos y hasta los cuentos de nunca acabar. El humus del que vengo está en la lengua hablada de Molina de Aragón, cercana a la que recogió, por tierras de Labros, Andrés Berlanga en *La Gaznápira*. Una novela que mi madre leyó con emoción a finales de los noventa en Zaragoza, porque le devolvía, una a una, el sabor y el sentido de muchas voces que ya no escuchaba: *arguellar, canaleras, cascurro. enruna, estameña, melsa, pedugo, perdigacho, pizorra, secanita...*

Ni en sueños, cuando me asomaba al balcón de la casa de mis abuelos maternos, podía haber imaginado que algún día la cercana biblioteca, que conocí por mi padre, llevaría mi nombre. Sobre todo porque esta se alberga en el mismo edificio del antiguo Instituto «Santo Tomás de Aquino» donde estudié el bachillerato superior y el preuniversitario.

El hecho de que sea pública me llena de orgullo, pues estas han simbolizado a lo largo de la historia un capítulo esencial en el ámbito de la educación y de la cultura. Cabe recordar al respecto la proliferación de bibliotecas públicas en países como los Estados Unidos, que las crearon de manera uniforme a lo ancho y largo de su amplísimo territorio, llegando a los lugares más recónditos. Y aunque España no esté en el lugar más destacado del historial bibliotecario, lo cierto es que, desde el siglo XVIII, con ilustrados como Feijoo, Campomanes o Jovellanos, se asentaron las bases del conocimiento al abrigo de las bibliotecas. Sobre todo a partir de Martín Sarmiento, quien esbozó en esa época un plan ideal para la creación y mantenimiento de las mismas. Pero fue en el siglo XIX cuando José Bartolomé Gallardo canalizó en 1813 dicho proyecto, determinando la creación, el mantenimiento y la expansión de las bibliotecas en cada provincia.

Sin entrar en el menudo de una historia vinculada fundamentalmente a los gobiernos liberales y a la institucionalización de las enseñanzas medias y universitarias, cabe recordar al respecto el impulso que recibieron las bibliotecas en 1856, gracias a la creación del Cuerpo Facultativo de Archiveros y Bibliotecarios. Con todo ello, el libro y la lectura se convirtieron en claves fundamentales del progreso cultural de los pueblos.

Como han indicado Jean-François Botrel y Bernabé Bartolomé Martínez, entre otros, la segunda mitad del siglo XIX fomentó la difusión del libro y de la lectura a través de la compraventa del libro y de las publicaciones periódicas o por entregas, fomentando además la aparición de las librerías y de los quioscos. Por otro lado, el préstamo de libros en salas públicas o a domicilio, despertó sin duda el interés por la lectura en las capas más bajas de la sociedad. El hecho de que dependieran del Estado o de alguna organización provincial o municipal, abrió el campo de la lectura más allá del ámbito cerrado o restringido de las bibliotecas de los monasterios y conventos o de los colegios y universidades, por no hablar de las particulares, pertenecientes en su mayoría a la nobleza.

En esa larga historia, analizada por Adela D'Alòs-Moner, cabe destacar la orden del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes de 13 de junio de 1932, que ofrecía la posibilidad de solicitar de la Junta de Intercambio la creación de una biblioteca en cualquier municipio español que careciera de ella, para su acceso libre y gratuito. Esos y otros decretos hicieron que se crearan doscientas treinta bibliotecas públicas en España entre 1933 y 1938, extendiéndose ampliamente en algunas provincias, como la de Teruel.

Del período de la Segunda República me gustaría destacar el Plan de Bibliotecas de María Moliner y sus «Instrucciones para el servicio de pequeñas bibliotecas»; proyectos vinculados a las famosas Misiones Pedagógicas. Esa labor, realizada como bibliotecaria por quien escribiría más tarde el *Diccionario de uso del español*, merece ser destacada, aunque se truncase fatalmente, como la existencia misma de muchas bibliotecas, con la Guerra Civil. Después de algunos años, el decreto de 1947 trató de incrementar su número como parte del Patrimonio histórico, documental y bibliográfico de España, haciendo que en el año 1951 el número de bibliotecas municipales llegara a un total de seiscientos cuarenta y cinco.

La aspereza de esos y otros datos no borra, sino que subraya, la importancia del impulso estatal y ciudadano a la hora de crear, sostener, mantener y proyectar la existencia de las bibliotecas municipales en el tejido de las ciudades y de los pueblos convirtiéndolas en un pilar fundamental de su educación y de su cultura. Lo cierto es que, según han señalado Pilar Flus y Ana María Rodrigo, la biblioteca pública se configuró desde principios del siglo XX como un espacio de difusión y circulación de libros para las clases con menos recursos, y como institución cultural y recreacional de las clases medias.

La Constitución de 1978, no lo olvidemos, se ocupó de transferir las bibliotecas públicas a las comunidades autónomas, incrementando estas considerablemente sus

fondos, así como sus capacidades de uso e intercambio. Ellas se conformarían como uno de los vehículos que canalizan el derecho de todos los ciudadanos a la cultura y a la información. En la actualidad, Alemania es el país europeo que más bibliotecas públicas tiene, pero España puede presumir de ser el que tiene registrados en ellas mayor número de lectores. Aunque hoy las bibliotecas tengan funciones complementarias y nuevas, gracias sobre todo a los medios audiovisuales y al anchísimo océano de internet en el que navegamos, estas son, y esperemos que lo sigan siendo, una parte sustancial de la cultura en el espacio urbano donde se incardinan.

Pero volviendo a mi experiencia como lectora, yo intuí el significado de la biblioteca mucho antes de conocer los versos de Jorge Luis Borges:

Yo que me imaginaba el paraíso
bajo la especie de una biblioteca.

A lo largo de mi vida he podido comprobar que esas palabras (en las que Umberto Eco se inspiró a la hora de escribir *El nombre de la rosa*) eran totalmente ciertas: se trataba de un paraíso cerrado que sin embargo abre espacios inusitados al placer y al conocimiento, y te permite viajar libremente por ellos. Luego vendrían, para mí, la biblioteca pública de Zaragoza en la calle Santa Teresa y muchísimas otras que he podido visitar en distintos lugares, como la Biblioteca de Cataluña, la del Museo Británico en Londres (donde escribí mi tesis doctoral) o la Biblioteca Nacional de España, donde he pasado tantísimas horas.

Y fue precisamente en esta última donde descubrí el año pasado un poema que formaba parte de una comedia suelta, publicada en Madrid en 1680, obra de José Joaquín Núñez. Un autor muy poco conocido, que parece siguió al pie de la letra a Calderón de la Barca en el uso de las imágenes oníricas y de los cuatro elementos, imitando con cierta soltura el estilo de *La vida es sueño*. Se trata de una comedia amorosa con personajes tan variopintos como el obispo de Bohemia, Mohamed, don Pedro Coronel y dos graciosos. En ella, don Pedro Gamboa, que al parecer se enamoró de una dama de Molina que lo desdeñó, recita en su recuerdo estos versos, dirigidos al gracioso llamado Invisible:

Ya sabes que me partí
de Molina, Feliz Pueblo
pues que goza en dulce mixto,
con lo ayrado y con lo bello,
entre los riscos de Marte,
de los jardines de Venus.
De aquesta ciudad que por
Su Magestad goza el fuero,

Señorío separado,

Y de ella blasón primero...

Dejo para otra ocasión el resto del poema, pero no deja de ser curioso ese testimonio de alguien que concibe a Molina como un lugar feliz, entre airado y bello, y que sabe poseer su propio fuero. Tan solo lo he traído aquí por la emoción que supuso para mí encontrar esos versos dentro de una obra que además parecía contener una parte de mi interés por los jardines y laberintos literarios. Pues la comedia de José Joaquín Núñez se titulaba curiosamente *Jardines son laberintos*, lo que no dejaba de ser, por otro lado, un precioso símbolo de la vida misma y de esa búsqueda del paraíso de la infancia al que todos volvemos en nuestro interior.

Desde ese jardín lejano de mi infancia y adolescencia, parecen surgir las palabras de Rafael Alberti en *La arboleda perdida*:

Todo era allí recuerdo: los pájaros rondando alrededor de árboles ya idos, furiosos por cantar sobre ramas pretéritas.

Pero hoy no quisiera refugiarme en ninguna arboleda perdida, llena de melancolía, sino en la biblioteca encontrada de nuevo y en los libros que muchos otros niños y adolescentes de Molina estarán leyendo o leerán en el futuro. Porque será esa arboleda de los libros la que les abrirá nuevos horizontes. Los libros, como los árboles, conforman el laberinto interminable de las bibliotecas donde cada uno debe elegir el camino.

Que la Biblioteca Municipal de Molina de Aragón lleve mi nombre es para mí un honor inmerecido, que acepto gustosa en el de todos aquellos molineses que se dediquen a la enseñanza o a la investigación, así como en el de cualquier lector que se acerque a ella para ejercer ese acto supremo de soberanía que implica abrir un libro y recorrer sus páginas.

Decía José Saramago en *Todos los nombres*: «Conoces el nombre que te dieron. No conoces el nombre que tienes». Yo no olvidaré nunca que he encontrado el mío afortunadamente unido al de una biblioteca.

Mi más sincero agradecimiento al señor alcalde, a la corporación municipal y a la directora de la Biblioteca, Rosario Serrano, así como a los familiares y amigos que me han acompañado en este feliz 24 de agosto de 2015, que recordaré siempre.

A todos los molineses, muchísimas gracias, de corazón.

Aurora Egido (Real Academia Española)